

COMENTARIOS AL EVANGELIO DE SAN MATEO
CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO: 10
Padre Arnaldo Bazán

“Otra parábola les propuso: “El Reino de los Cielos es semejante a un grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es ciertamente más pequeña que cualquier semilla, pero cuando crece es mayor que las hortalizas, y se hace árbol, hasta el punto de que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas”. Les dijo otra parábola: “El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo” (13,31-33).

La enseñanza de las dos parábolas contenidas en estos versículos es la misma.

Muchas personas hay que nunca han visto un grano de mostaza, incluyéndome a mí. Los que lo conocen afirman que es realmente bien pequeñito. Además, si Jesús lo afirma, tiene que ser verdad, aparte de que él sí lo conocía, pues dicho árbol crecía en Palestina.

Es decir, que no importa lo pequeña que sea la semilla, por obra de Dios crece hasta unos cuatro metros, permitiendo así que las aves puedan posarse en sus ramas.

Así, la levadura - y eso sí lo podemos saber todos -, se usa para muchas cosas, pero la más conocida es porque sirve para hacer el pan, alimento universal que casi todos los pueblos de alguna manera conocen.

No se necesita mucha levadura para hacer crecer una masa de harina. Y si queremos saber la diferencia entre un pan con levadura y otro sin levadura, recordemos que los judíos la usaron cuando celebraron la primera Pascua al salir de Egipto, por lo que también nosotros la usamos ahora en la Eucaristía.

La razón por la que en la Misa las hostias son finas es que si las hiciéramos en la forma de un pan normal serían tan duras que no podríamos comerlas, ya que al no haber fermentado, la masa se concentra si no se le reparte convenientemente en forma de torta.

Con estos dos ejemplos el Señor nos quiere enseñar que la Iglesia nació con unas pocas personas, sus primeros discípulos, pero ese “fermento” o levadura, ha podido hacerla crecer hasta convertirla en una parte importante de la humanidad.

Es indiscutible que el deseo del Señor sería que todos los hombres y mujeres formaran parte de ella. Sin embargo, la tarea de atraer a los demás pertenece a los miembros de la Iglesia.

Si hoy no somos lo que deberíamos ser se debe a que no hemos sabido cumplir nuestra tarea de ser el fermento en la masa humana. Hemos fallado muchas veces a las expectativas que el Señor puso en nosotros. Nuestra desidia y cobardía, nuestros errores y pecados, nuestras negligencias y falta de entrega, han impedido llegar a la meta que el mismo Jesús nos señaló.